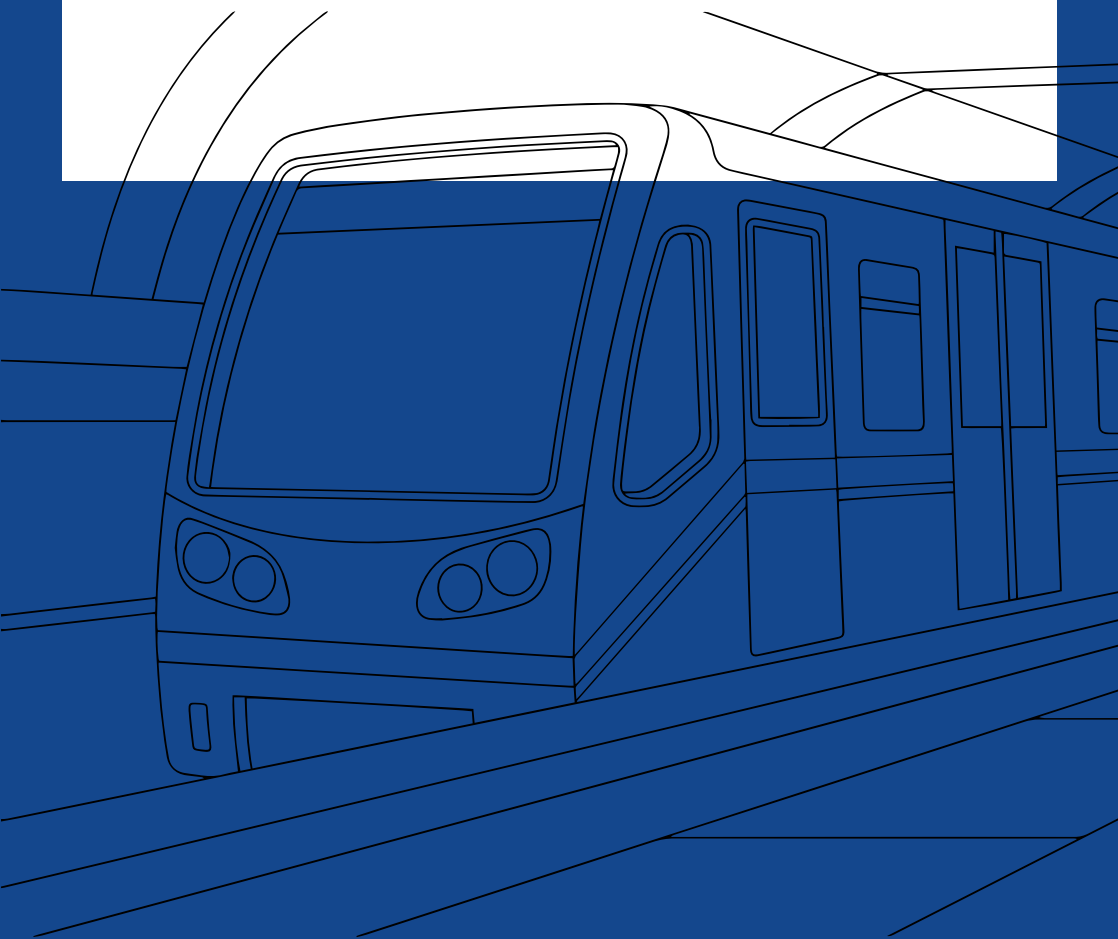


EL DPTO. DE LENGUA Y LITERATURA
EN COLABORACIÓN CON LA AMPA PRESENTAN:



Metrorrelatos

RELATOS GANADORES DEL CONCURSO LITERARIO 2024



COLEGIO SAGRADA FAMILIA JORGE JUAN



Metrorrelatos

Ganadores del Concurso Literario 2024

© Colegio Sagrada Familia Jorge Juan, 2024.



«Atención, estación en curva.

*Al salir tengan cuidado para no
introducir el pie entre coche y andén.»*

Metro de Madrid



Índice

1º ESO:

[Estoy siendo observado](#) - Lucía Gil Gil 1º A

2º ESO:

[El metro de los miedos](#) - Belén Aguiló Menéndez 2º B

[Tu muerte](#) - Lucía Sánchez Becerro 2º B

[El vagón del metro de Lavapiés](#) - Lola Hernández Zato 2º C

3º ESO:

[El metro más sabroso](#) - Celia Alonso González 3º B

[Los habitantes del metro](#) - Sofía Romero Bernáldez 3º B

4º ESO:

[Metrorrelato](#) - Emilio Botero Rastaman 4º D

[Las ratas del metro](#) - Enrique Gonzalvo Barreira 4º A

[Omar](#) - Martín Rodrigo Fandiño Gamarra 4º C

1º BACHILLERATO:

[De perfectos desconocidos](#) - Raquel Cañizares Funes 1º Bach B

[Todo puede cambiar](#) - Gema Seco Martín 1º Bach B

[Tréboles](#) - Gabriel Sánchez Villa 1º Bach B

2º BACHILLERATO:

[Mi mundo submarino](#) - Lara Torres Díaz 2º Bach A



1º ESO

1º Premio: **ESTOY SIENDO OBSERVADO**

Lucía Gil Gil- 1º ESO A

Era un día normal, a una hora no tan normal, pero a la vista todo corriente. Me presento, soy Steven, tengo 20 años y estoy independizado desde hace dos. Y os voy a contar algo que me lleva pasando varios meses. Os voy a contar mi historia paranormal.

Todo empezó la noche del 31 de diciembre al 1 de enero, mientras estaba yo solo celebrando la entrada del año y comiendo aún las cinco uvas que me quedaban. Cinco uvas, cinco campanadas, ¿no?

Os pensaréis que me las estaba comiendo en el sofá de mi casa, pero no. Estaba celebrando ese día tan especial en el metro, ya que me tocaba trabajar. Cogí mi móvil y con la poca señal que tenía, puse el canal en el que estaban las campanadas.

Ya solo quedaban cuatro, pero de repente la señal de mi móvil se fue y todo el metro se apagó. Las luces y los servicios ya no funcionaban y empecé a escuchar ruidos. Creía que simplemente sería algún compañero que venía a revisar que todo estuviera bien. Solo quedaban dos que yo supiera y no estaba seguro de que estuvieran. Y de pronto vi una persona que se acercaba. Me pareció raro porque no se parecía a ninguno de los compañeros. Era de complexión alta, cuerpo muy delgado y se notaba algo raro en su cara... Por un momento mi mente se fue a la suya y pude llegar a ver y pensar lo mismo que él: su cara estaba así porque meses antes le tiraron un vaso de agua ardiendo y quedó como si estuviera derretida.

Noté que sacaba algo de su bolsillo y yo, aterrizado, conseguí salir corriendo por una puerta. Pero me dejé el móvil allí y consiguió mi dirección.

Desde entonces me ha parecido verle cerca de mi casa o incluso por las noches, mientras dormía, sentía a alguien tocando la puerta todo el tiempo. Como si quisiera abrir... me siento observado...





2º ESO

1º Premio: **EL METRO DE LOS MIEDOS**

Belén Aguiló Menéndez - 2º ESO B

Una chica llamada Ariana entra en una estación del metro de Madrid. Está agobiada, sabe que no le ha salido bien su examen y tampoco ha hecho los deberes. Ayer estuvo enferma, y no pudo hacer nada. Sabe que su profesor le va a poner un negativo, pero no piensa hacerlos en el metro. Aparte de que estará muy lleno, no se encuentra bien. Sube al vagón. De pronto se va la luz, tropieza y cae al suelo. Se levanta un poco después, se ha hecho bastante daño. La luz ha vuelto. No hay nadie, a lo mejor ha pasado mucho rato y ya todos han salido. La puerta se abre, y entran varias personas. Su profesor diciéndole que ha suspendido el examen. Su otro profesor también le regaña por no tener los deberes. También entra su madre preguntándole por su examen. Quiere salir, sabe que no ha hecho bien el examen. Su madre ve al profesor agitando el examen enfadado y ella también se enfada al ver su nota. Abre la otra puerta y salta. Cae a la vía. Pero en la vía está esa chica que continuamente la está insultando en el colegio. Ve una tapa como de alcantarilla, y sin pensarlo dos veces, la abre y baja por una escalerilla. Está en una habitación. No sabe si ha sido una alucinación o no, pero está segura de que no se ha despertado ahora. Se sienta. En este momento de su vida, prefiere quedarse allí por siempre. No ve nada bueno en su vida, y aunque sabe que hará daño a los demás, no intenta salir por la alcantarilla, sino que permanece allí durante años, hasta que quizá, un día, sea lo suficientemente valiente como para enfrentar sus problemas en vez de esconderse.

2º Premio compartido: **TU MUERTE**

Lucía Sánchez Becerro - 2º ESO B

Miré a la ventana, nada. Se veía lo mismo que hace 10 segundos. Miré a la gente, nada. Los mismos semblantes y expresiones, alguno que otro más alegre, pero nada fuera de lo normal. Miré las paradas todavía estábamos saliendo de Ventas, y la misma mano me apretaba el tobillo y cada vez con más fuerza, la había notado antes pero nunca ahí, en ese lugar, justo en ese preciso lugar. Empecé a alterarme pero sin provocar ningún gesto que me revelara, que me desvistiera de esa capa que muchos nos ponemos para parecer "uno más". Manuel Becerra y todavía esa mano seguía ahí, pero ya no era una, eran por lo menos cinco. Sentía como una me apretaba fuerte el corazón, quizás esas manos no fueran manos, si no esa sensación que sentimos cuando sabemos que hemos hecho algo mal. Abrí mi bolso poco a poco, lo suficiente para ver, pero no para que desprendiera ningún olor. Me dolió tanto tu muerte, que sentía que cada minuto que pasaba sin ti era una espina clavada en mi corazón. No podía soportarlo, así que corrí al cementerio y cuando nadie miraba asalté tu tumba y decidí llevarme una parte de ti conmigo. Me llevé tu tobillo, la parte que más cerca tenía y la metí en el bolso. Goya era mi parada, cerré rápidamente el bolso y salí del metro, espero que así te quedes toda la vida conmigo.



2º Premio compartido: **EL VAGÓN DE METRO DEL LAVAPIÉS**

Lola Hernández Zato - 2º ESO C

El inicio de esta historia se desarrolla en el metro de Madrid, en la parada concreta de Lavapiés. Eran las tres de la tarde y Guillermo había terminado sus clases del viernes y se dirigía hacia el metro para volver a casa a comer, todo era bastante aburrido y rutinario, sin ningún hecho paranormal. Después de pasar al metro y bajar las escaleras se fijó en la pantalla que le indicaba que el transporte que lo llevaría a casa había sufrido un contratiempo; nada más verlo, Guille, escribió por WhatsApp a su madre para decirle que iba a tardar más de lo previsto. El tiempo de espera estimado era de 20 minutos aproximadamente, pero, sin saber cómo ni cuándo, el vehículo apareció en perfecto estado pasados apenas cuatro minutos. La gente ahí presente ni se inmutó y comenzó a subir en él sin preocupación y sin sospecha alguna. Guille, en cambio, parecía dudoso y algo desconfiado, ya que esa situación era de lo más extraña; finalmente, se evadió de sus pensamientos, y pensó que, como no subiese al tren, no llegaría a casa. En el vagón en el que él montaba estaba tan lleno que no cabía un alfiler, por lo que nuestro protagonista decidió cambiarse a uno más atrás. En el nuevo vagón solo había una señora anciana con un loro metido en una jaula. Dado que no había muchos asientos en ese último vagón, se sentaron ambos mirándose cara a cara. Al cabo de un par de instantes, el loro repitió dos veces una rima un tanto extraña, la mujer lo miró sonriendo, y luego miró al chico con una mirada como perdida y atontada, pero con un resplandor inusual; lo que provocó en Guille un escalofrío espeluznante. Tras unos instantes Guillermo abrió los ojos y lo que se encontró, no fue especialmente de su agrado.



3º ESO

1º Premio: **EL METRO MÁS SABROSO**

Celia Alonso González - 3º ESO B

Mientras bajaba las escaleras estaba muy nerviosa. No podía parar de mirar el reloj y una sensación de nervios y estrés recorrían mi cuerpo. Una sensación muy extraña que me hacía sentirme pequeña, aunque la parada no era muy grande.

Me senté a esperar a que el metro llegara, pero la gente de mi alrededor actuaba extraño, no paraban de oler y todos estaban ansiosos porque llegara el tren. No sabía qué hacer ante esta situación, así que cogí el móvil con la esperanza de que la gente pensara que estaba ocupada y nadie me molestará.

Los minutos pasaron y el metro se estaba acercando. Y cuanto más se acercaba, más fuerte era el olor. Un olor dulce, empalagoso, goloso, que me transportó a pensar en los mejores momentos de mi infancia.

Cuando menos lo esperaba, lo tuve delante de mí. Los ojos se me abrieron como platos, pues no podía creer lo que estaba viendo. Era el metro más extraño que había visto nunca, pero a la vez el más bonito. Su pared era de nubes de azúcar, las ventanas de gelatina (que por el olor podía asegurar que era de fresa), los asientos eran galletas y las barras eran regalices gigantes.

Vi cómo la gente de alrededor empezaba a comerse el tren. Algunos se esforzaban en disimular, pero otros sin ningún pudor se comieron la ventana de gelatina de fresa.

Pasó un rato que se me hizo muy largo. Y no pude resistirme. Sin pensarlo me comí un asiento de galleta que estaba vacío. Con la

tripa llena, dio la casualidad de que todos nos bajáramos en la misma parada.

No olvidaré nunca la cara de la gente que se tenía que montar en el mismo vagón al ver que habíamos dejado el tren sin paredes, con asientos a la mitad y apenas un regaliz al que agarrarse. Pero, sobre todo, no dejamos ninguna ventana.



2º Premio: **LOS HABITANTES DEL METRO**

Sofía Romero Bernáldez - 3º ESO B

¿No os habéis preguntado nunca mientras vais en el metro, qué hay en aquellos túneles? Pues yo, desafortunadamente lo descubrí.

Era un día como muchos otros y yo iba de camino al colegio. Estaba esperando al metro mientras miraba el móvil, cuando alguien me empujó y me caí al andén. Empecé a gritar para que alguien me ayudase, pero nadie me oía. Fue entonces cuando vi que el metro se acercaba y empecé a correr descontroladamente. Cuando estaba a punto de arrollarme sentí como que alguien, o algo me agarraba del brazo y de la impresión que me dio pensar que iba a morir me desmayé.

Creo que pasaron unos diez minutos hasta que abrí los ojos, aunque tampoco estoy muy segura. Nada más despertar vi el rostro de un niño, con la piel resplandeciente y un semblante alegre. Yo pensaba que estaba en el cielo, pero no, ¡estaba dentro de las paredes del metro! Aquel niño me cogió de la mano y me hizo caminar tras él. No veía nada salvo su piel, que brillaba en la oscuridad. Estuvimos caminando un largo rato y finalmente llegamos a nuestro destino. Era una aldea de colores llamativos y resplandecientes en la que vivían una gran cantidad de personas con la piel igual a la del niño que me había salvado. Me quedé muy impactada, no tenía palabras para describir lo que veía. Fueron muy amables conmigo y me dieron de comer. Al rato me llevaron a unas escaleras, por las cuales subí hasta ver la luz del cielo. No era capaz de distinguir si era cierto lo que había vivido, o era producto de mi imaginación, y tampoco lo soy ahora.



4º ESO

1º Premio: **METRORRELATO**

Emilio Botero Rastman - 4º ESO D

Hace un tiempo bajé al metro, no me acuerdo a dónde iba, realmente no es relevante, pero lo que sí he de decir es que era la primera vez que tomaba el transporte desde esa estación. No era muy tarde, pero al bajar me sorprendió que no había nadie y que las pantallas que indican cuando llega el tren estaban apagadas, así que sin preocuparme demasiado me senté en uno de los bancos a esperar. No sé cuánto tiempo pasó, pero después de estar un rato concentrado en mis pensamientos, apareció un hombre con un chaleco fluorescente, tenía el pelo canoso y una figura encorvada, se acercó a mí y con una sonrisa me saludó. Me causaba cierta aprensión el viejo, pero aún así después de saludarlo, al ver que trabajaba ahí, o eso es lo que parecía, le pregunté sobre cuánto más tendría que esperar hasta que viniese el metro. Él me miró intensamente y su rostro de pronto cambió a una expresión grave y era como si me observase con cierta compasión. Dijo que el tren no venía por esa estación desde hacía diez años. Yo, como era de su esperar, no le creí, y pensé que se burlaba de mí, pero él siguió hablando y me contó que hacía una década que el metro no pasaba por ahí, porque un día se perdió, por casualidad o con maliciosa intención alguien había cambiado la aguja que se encontraba en la mitad del trayecto entre la estación anterior y esta, y el tren se desvió hacia el laberinto de vías hasta que probablemente llegó a una muerta y se estrelló. Yo seguía sintiendo cierta desconfianza, sobre todo porque no sabía la razón por la que seguía abierta la estación, pero cuando le planteé la cuestión, me respondió que él había seguido cuidando el lugar porque le habían dicho que

iban a reponer el vehículo perdido, pasaban los años y nunca venía, pero él no se quejaba porque seguía recibiendo su sueldo. Comprendí entonces que si esto era cierto tendría que salir y buscar otra manera de llegar a mi destino. Cuando me iba a incorporar, un ruido tremendo me asustó enormemente y apareció del túnel negro un vagón seguido de muchos otros . Yo sentí terror con esta visión por lo que sin pensar en despedirme del anciano o coger mis cosas, salí corriendo. Desde entonces no he vuelto a montar en un metro. Realmente no sé si el viejo trabajaba ahí.



2º Premio compartido: **LAS RATAS DEL METRO**

Enrique Gonzalvo Barreira - 4º ESO A

Érase una vez una familia de ratas que vivía en el metro muy acomodadamente. No les faltaba de nada. Tenían una bonita y agradable casa entre unos cartones que había puesto cuidadosamente unos sobre otros. En la casa había una agradable y cómoda sensación de paz. Estaba situada bajo una luz que entraba sutilmente por los huecos de entre los cartones. No pasaban hambre ya que el señor James, dueño de la tienda Alimentos James, tenía el local siempre lleno de clientes y de comida. Todas las ratas del metro acudían allí debido a la calidad de su comida y precios accesibles. Se podía pagar con botones, con pequeñas monedas de céntimo o con cualquier otra cosa que a los humanos se les cayera de los bolsillos durante el día. Alimentos James, era sobre todo conocido por los ricos trozos de pizzas y bocadillo que recolectaba de la basura y de debajo de los bancos. Este era precisamente, el trabajo del padre de la familia. Él se despertaba pronto en la mañana para evitar que estuviera muy transitado, cogía el tren y se escondía debajo de un asiento para intentar no ser visto por los humanos, esperaba un par de paradas y estaba allí en un periquete. Dejaba sus pertenencias, se ponía su uniforme y se iba a recorrer las líneas en busca de comida. Cierta día, durante su jornada laboral, se vio obligado a salir corriendo debido a que fue visto por un humano. Cuando se quiso dar cuenta, había perdido de vista a aquel hombre, pero también se había perdido el. No tenía ni idea de dónde estaba y no se podía orientar ya que, debido a su tamaño, no llegaba a ver el mapa de las líneas del metro. La rata entonces, asustada, se acurrucó en una esquina con mucho miedo en

el cuerpo. Fue entonces cuando repentinamente sintió una caricia, se giró y vio a un niño con cara amigable. El niño le preguntó qué es lo que le ocurría y la rata, acostumbrada a vivir entre humanos toda su vida, le entendió a la perfección. La rata se levantó y le indicó al niño el cartel de las líneas. El niño, sin pensarlo dos veces, la cogió cuidadosamente con sus manos y la llevó hacia el cartel. El pequeño animal le indicó donde estaba su hogar y el niño, que entendió lo que le quería decir, le escondió en su mochila y le llevó hacia allí. Al rato, consiguió llegar a su casa, donde se encontraban su mujer e hijos y les contó lo ocurrido. Después, se dirigió al niño al que le hizo un gesto de agradecimiento y le regaló un botón que tenía para que este se acordase siempre de esa aventura y de que si necesitaba ayuda alguna vez por el metro, siempre tendría la ayuda de sus nuevas amigas las ratas.

2º Premio compartido: **OMAR**

Martín Rodrigo Fandiño Gamarra- 4º ESO C

Próxima estación, O'Donnell.

El amo se colocó la mochila y me indicó la salida del metro. Salimos y lo primero que vimos fue una ancha calle y muchos adolescentes hablando entre ellos. Omar me ajustó un poco la correa, creo que porque algunos chicos me tenían miedo.

Bajamos la calle Jorge Juan y mi dueño se paró a hablar con un joven. Él le señaló un lugar donde podíamos pasar la noche. Era la entrada de un garaje que apenas se usaba y además nos protegía de la lluvia.

A partir de entonces, esa fue nuestra nueva casa. Todos los días dábamos un paseo por las mañanas y luego nos quedábamos en el metro sentados y de vez en cuando la gente que pasaba nos daba dinero. Los perros de la zona eran bastante antipáticos ya que siempre que pasaban por nuestra casa me ladraban. Yo no lo hacía, Omar siempre decía que está mal ladrar a los demás.

Pasaron los días y pude ver de todo: días soleados, días helados en los cuales apenas podía dormir e incluso vi la nieve por primera vez. Llevábamos varios meses y noté que el amo se encontraba peor. Tuvo que venir una señorita a pasearme debido a que al amo le dolía mucho el cuerpo.

Llegó el domingo y fui con el dueño a comprar comida para mí. A la vuelta vi como empezaba a andar de forma errática, como después de tomar esas botellas de cristal verde, A los pocos minutos se desplomó en el suelo y comenzó a temblar. Como no respondía, tuve que ladrar para intentar llamar a alguien.



Primero se acercaron unos pocos y a los diez minutos ya había ambulancias. Me tuvieron que atar a un poste mientras los médicos rodeaban a Omar e intentaban hacer que responda. Le ataron y llevaron en una de las ambulancias.

Aprovechando un descuido de los vecinos al desatarme, salí corriendo detrás del vehículo. Mientras cruzaba esa calle O'Donnell, algo rápido chocó conmigo. Afortunadamente, apenas sentí dolor, así que llegué pronto al hospital donde habían llevado al amo.

Me quedé sentado esperando unas horas, hasta que logré divisar su figura alta y delgada. Estaba como nuevo y listo para volver a casa. En el camino de vuelta, los perros ya no me ladraban, ni siquiera me miraban. Al llegar, nuestras cosas estaban empaquetadas y había flores y velas. Omar se puso feliz, ya que fue la primera vez que le regalaron flores.

Después de eso, aún de día, el amo dijo que era momento de descansar. Yo, obediente y tranquilo como siempre, me tumbé junto a él y descansamos juntos los dos.





1º BACHILLERATO

1º Premio: **DE PERFECTOS DESCONOCIDOS**

Raquel Cañizares Funes - 1º Bach B

Mientras oía las pisadas de los pasajeros, entrando y saliendo en sus respectivas paradas, no podía dejar de pensar en la vida de todos aquellos desconocidos a los que el destino había unido. No podía parar de imaginarme las historias que tendría cada persona, las emociones que les habían roto en mil pedazos y aquellas que les habían hecho enamorarse. Era como si nos encontrásemos en mundos paralelos unidos por simples carriles de metro, personas que tal vez no volvería a ver. Me imaginaba la historia de amor de la anciana que se encontraba sentada en un extremo de los asientos, aquella a la que había dejado sentarse minutos antes. Sosteniendo una rosa. Tal vez se dirigía a casa con el amor de su vida, aquella persona a la que el destino la unió hacía ya tantos años. No podía dejar de imaginarme a una muchacha con rizos color avellana ver por primera vez a aquel muchacho de ojos color océano, notando en cada latido esa unión que tendrían hasta tener el pelo plateado y andar encorvados por cargar el peso de todos aquellos años. La parte más realista de mi cerebro (a la que intentaba hacer callar subiendo la música que estaba escuchando) le repetía una y otra vez otra versión de la historia. No quería ni pensarla, pues la realidad ya era lo suficientemente triste como para pensar en cosas como aquella. Pero no pude evitar pensar en que la señora de la rosa, con su chaqueta azul y su bolso color vino, iba simplemente a visitar el lugar donde hacía tiempo se encontraba su marido, un lugar de donde no se podía salir. Aquel lugar que le da la seguridad de pensar que ahora está en “un lugar mejor”, aunque no fuera con ella. Le lleva esa rosa para

recordar todos los momentos que vivieron, los viajes que hicieron, las caricias que se dieron, los besos que se quedaron grabados en su piel. Ahora me lo puedo imaginar sentado al lado de su amada, viendo como ella va todos los martes a verle y le lleva su flor favorita. La primera flor que él le regaló a ella minutos antes de dar el primer beso. Esos ojos azules ahora solo pueden esperar a que vuelvan a estar juntos.

Mi vista se enfoca en aquel niño que le da la mano a su madre. No pude evitar recordar cuando yo misma era pequeña, recorriendo los túneles de Madrid como si fuera un laberinto. Cuando salir de casa era como una aventura. Cuando se ponía a llorar al perder de vista a su madre, porque tal vez no la volvería a ver. Pienso en aquel libro que mi madre me leía por las noches, acerca de una niña que se iba a ver la ciudad ella sola y conocía a un montón de personas. Le fascinaba darse cuenta de cómo todas sus historias estaban conectadas llevándolos a un mismo lugar, como la sangre que recorre las distintas partes del cuerpo, pero se mantiene unida, conectada por el órgano del amor.

Cerca de ellos se encuentra un chico leyendo un libro. Me gustaría pensar que está leyendo algo que le apasiona, que le haga llorar, pero por lo menos sea un pequeño dolor que él elige, porque la historia merece la pena. Pero la realidad es que está estudiando, que está derramando lágrimas por un papel insignificante que definirá lo que es y lo que será, porque no es verdad la mentira que te cuentan acerca de que una nota no importa. Díselo a aquella chica que quería ser médico, pero no le alcanzó la nota. Que lloró durante horas viendo el futuro que se había construido desmoronarse a pedazos.

Así me pasaba las tardes al volver a casa del trabajo. A veces sentada, otras de pie, a veces ambas. Y me di cuenta de la cantidad de horas que me he pasado imaginando historias que no existían para evitar la mía propia. La cantidad de kilómetros que he recorrido por

debajo de las ajetreadas calles de Madrid. A estas alturas creo que da igual porque a veces lo importante no es la distancia que recorres sino lo que te mantiene atento. Ese es el verdadero sentido del tiempo.

Mi parada llega. Pongo un pie fuera del vagón y después el otro. Me despido de aquellas historias, de aquellas personas. Levanto la vista al frente y sigo avanzando, porque a veces eso es lo único que se puede hacer para dejar el mundo atrás, avanzar.

2º Premio: **TODO PUEDE CAMBIAR**

Gema Seco Martín - 1º Bach B

Vivir de la música no es fácil, así que si quería hacerlo, el metro era mi única opción. Esos pasillos por los que la gente va y viene sin control, donde las vidas de cada uno se encuentran durante el trayecto para despedirse y no volverse a ver. Y yo, yo me paso los días tocando mi guitarra en la estación de Goya: la gente pasa y ni te mira, todos suelen ir con prisa, inmersos en sus pensamientos sin atender a lo que ocurre a su alrededor. A veces hasta llego a pensar que las pinturas que decoran las paredes se aburren de escuchar mis melodías. Pero entonces la veo a ella, la chica con la sonrisa más bonita que te puedes imaginar, esas sonrisas que te alegran el día y te envuelven en un cálido abrazo. En sus ojos azul cielo veo reflejada una paz y una alegría radiante que te recorre por dentro. Se acerca a mí y me echa un par de monedillas en la funda de la guitarra para luego seguir con su día.

Pasan los meses y cada día me voy apagando más al ver que nada cambia, que sigo tocando en la misma parada de metro, con la misma guitarra pero cada vez menos ilusión por continuar. Lo único que me alegra los días es ella, la chica con la sonrisa más bonita del mundo. A veces intercambiábamos alguna palabra y si no, sonrisas tímidas.

Una tarde, mientras tocaba *Fix you* de Coldplay la vi, pero algo en ella había cambiado: su sonrisa no transmitía lo mismo y por sus ojos pasaba una tormenta que se había llevado la paz y la calma para dar paso a la oscuridad. Se paró frente a mí y clavó sus ojos llorosos en mi guitarra. El último verso de la canción se lo dediqué a ella, la que ahora era la chica de la sonrisa triste: *I will try to fix you*.

3º Premio: **TRÉBOLES**

Gabriel Sánchez Villa - 1º Bach B

Ahí estaba yo, un chaval de dieciséis años que se creía un trébol de tres hojas, alguien que añoraba sentirse especial, a tan solo un pétalo de conseguirlo. “Próxima estación, Plaza de España”, fueron las palabras que inundaron mi mente e irrumpieron mis pensamientos. Abrí mis ojos, para algunos el espejo del alma, pero para mí nada más que órganos que convertían en impulsos las palabras de Cervantes que cubrían todo a mí alrededor. Qué curioso que la belleza no sea más que sensaciones que te conducen a un sentimiento de paz y sosiego. Es contradictorio que la sensación de ser especial para alguien equivalga a no sentir nada con esa persona, a dejar de tener miedo de ser invisible. Caminé imaginándome a ese hidalgo, que podía confiar ciegamente en Sancho, sin replantearse que le rechazara o le criticara por su locura.

Desvié la vista a un grupo de tres adolescentes, que soltaban lo que se les venía a la mente, como si les pinchara guardárselo en su interior, con la necesidad de llamar la atención para no sentirse del montón, junto con un turista que sé que necesita ayuda, pero no tiene prisa para pedirla. Le miré sorprendido, por saber exactamente cómo se sentía. No tuvo que destacar para conseguir ganar mi confianza, sino simplemente estuvo ahí a que alguien valorara su presencia, como le ocurrió a Don Quijote y Sancho. No necesitamos ser un trébol de cuatro hojas para llamar la atención, sino que solo teniendo tres habrá un niño confundido pensando que puede pedir un deseo al vernos. Me subí rápidamente al metro de nuevo, juntos fuimos hasta “Sol”, y

le enseñé los lugares más fascinantes de la capital, los que nunca son especiales para los turistas.



B2

2º BACHILLERATO

1º Premio: **Mi mundo submarino**

Lara Torres Díaz - 2º Bach A

La tristeza acompañaba mi vida muy a menudo, el niño de la gran imaginación, como me apodaron mis padres, se rompía por dentro cuando los demás se burlaban de él. Cada día era igual, aguantando en silencio, pero cuando salía del cole y veía aquella boca de metro, siempre se le dibujaba una sonrisa. Me imaginaba que estaba entrando al mar para vivir una gran aventura. Cuando llegaba a los torniquetes, miraba el billete rosa de mi mano y veía un trozo de comida que debía dar a una ballena, que se ocuparía de transportarme por ese mundo submarino. Nadaba feliz por los pasillos, mientras los mayores me miraban extrañados. Pero en ese momento todo me daba igual. Entraba en la estación y subía al metro de un salto. Los túneles eran corrientes marinas y aquella ballena los atravesaba a gran velocidad. Al llegar a mi destino, daba las gracias a la ballena en los torniquetes de salida y volvía a la superficie, a mi mundo.

Así fue durante años, hasta que hubo un momento, en el que dejé de creer en la magia, mi vida mejoró, cambié de colegio y empecé a vivir, pero olvidé lo que era viajar debajo del agua. Sin embargo, no creáis que el metro abandonó mi vida. Ya iba a la universidad cuando la vi conduciendo el metro. Todos los días la saludaba y me quedaba cerca de la puerta tras la cual ella me llevaba y me traía. Ella lo sabía. Hasta que un día me invitó a entrar en la cabina, empecé a recordar mis imaginaciones de niño, y se las conté. Ella se reía con su cara dulce y negaba con la cabeza. Si mi yo pequeño supiera que había conseguido entrar en la cabeza de la ballena, hubiera gritado de felicidad. Era su sueño. Pasaron los años y esa conductora se convirtió

en mi compañera de vida, de su vientre nació una hermosa niña de piel clara y ojos esmeralda. Ayer, me cogió la mano cuando íbamos en el vagón y me dijo: “papá, yo creo que el metro es una ballena y estamos viajando debajo del agua”. Sonreí y asentí.



*Edición, ensamblaje y rodadura por las
vías realizada con mucho, mucho cariño,
el 21 de junio de 2024, entre talleres,
emocionantes despedidas, coche y andén; en
el Colegio Sagrada Familia Jorge Juan,
Madrid.*





Esta obra está sujeta a la licencia
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional de Creative Commons. Para ver una
copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

Edición en formato digital: junio 2024.

Las imágenes de las líneas de metro son archivos de
[Wikimedia Commons](#), de dominio público.

© 2024, Colegio Sagrada Familia

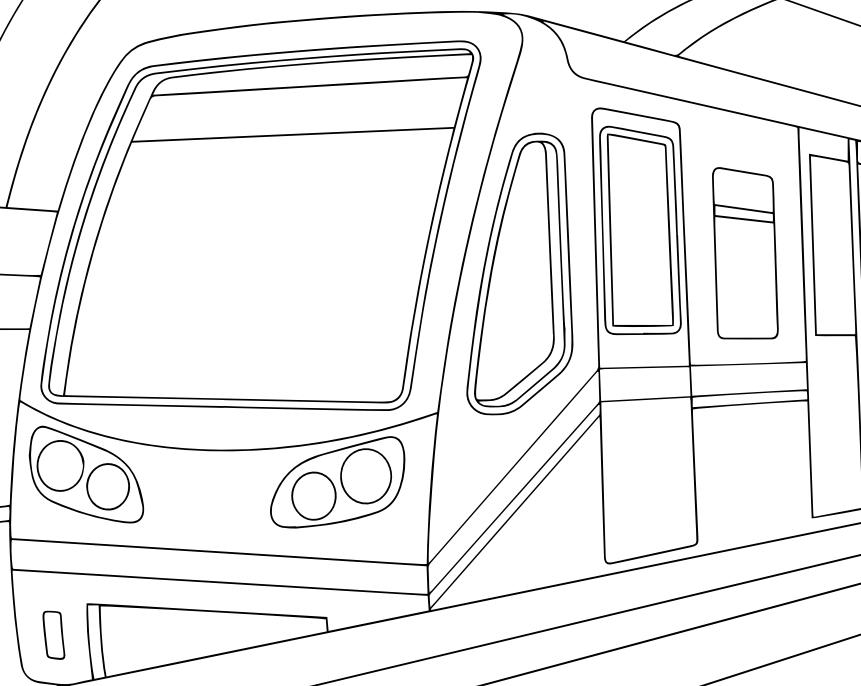
C/ Jorge Juan 165, 28028, Madrid.



**GRACIAS A TODOS: AUDACES ESCRITORES,
VIAJEROS ATEMPORALES, PASAJEROS
ESPONTÁNEOS Y ATENTOS LECTORES POR
HACER POSIBLE ESTE VIAJE UN AÑO MÁS.**

SAFA

¡Fin del trayecto!



DPTO. LENGUA Y LITERATURA

COLEGIO SAGRADA FAMILIA JORGE JUAN